

## Notas litúrgicas

### *Dónde sentarse en la iglesia*

Quizá alguna vez hayamos sido testigos, mientras esperábamos en una iglesia a que empezara la celebración, de cómo el sacerdote pedía a los presentes, pocos y dispersos por toda la nave, que se desplazaran para ocupar los bancos más cercanos al altar, que estaban vacíos. Puede que algunos fieles entonces se movieran de su sitio, pero normalmente la mayoría se quedaban donde estaban. ¿Por qué esta insistencia de los sacerdotes y esta resistencia de los fieles?

Antes de buscar explicaciones notemos que cualquier iglesia, desde una pequeña capilla hasta una gran catedral, tiene dos funciones: es sobre todo un lugar para la celebración comunitaria (*iglesia* significa “asamblea, reunión”) pero también es un lugar para la oración individual. Por eso cuando entramos en una iglesia para rezar a solas, normalmente buscamos un lugar a nuestro gusto, con las condiciones que más nos convengan: luz, orientación, temperatura, comodidad, distancia al sagrario o a una imagen, etc. Allí nos sentamos o arrodillamos o nos quedamos de pie, porque cada uno puede y debe encontrar el lugar y la postura más apropiados para hacer oración, sin importar lo que piensen los demás. Y ello es perfectamente legítimo.

Sin embargo, cuando participamos en la eucaristía, la liturgia de las horas u otra celebración comunitaria, el mismo hecho de celebrar *con otros* tiene más importancia que los propios gustos personales, y esto tiene mucho que ver con la *liturgia*, que con razón es llamada “epifanía de la Iglesia”. En la liturgia se hace visible la naturaleza auténtica de la verdadera Iglesia, en la que todos vivimos en comunión, como teniendo “un solo corazón y una sola alma” (Hch 4, 32).

Por lo tanto, dado que la Iglesia es “sacramento de unidad”, como dice el Concilio, hemos de procurar que, en el momento de comenzar la celebración, los fieles estén congregados cerca del altar, formando una asamblea compacta. Cuando están diseminados por la nave, como el público en una conferencia o una película, se causa una triste impresión. Por ejemplo: el canto, las aclamaciones y las respuestas no se hacen a una sola voz, sino que se forma una amalgama confusa de voces; en el gesto de la paz se pone de manifiesto la desconexión entre los fieles, algunos de los cuales se desplazan largas distancias para dar la paz a otros –cosa que está contraindicada– y luego regresan a la soledad de su sitio preferido. El fenómeno podría deberse a varias causas: timidez, pereza, fobia social, la fuerza de la costumbre, tendencia inconsciente a ocupar los espacios vacíos u otras, pero hace visible el individualismo que aqueja a nuestra sociedad y que se nos ha contagiado.

Cuando la asamblea de los fieles está bien formada, en cambio, se ofrece una imagen de unidad, se facilita la unanimidad en el canto y las respuestas litúrgicas, y el gesto de la paz se puede realizar fácilmente y con autenticidad, entre otras ventajas.

En resumen: al llegar a una iglesia para celebrar la eucaristía, uno puede sentarse donde quiera y prepararse haciendo oración, pero cuando se acerca el momento de comenzar, conviene hacer un esfuerzo por sentarse adelante, en los primeros bancos, y cerca de los hermanos.